

EN EL ÚLTIMO AZUL, de Carme Rier (Premio Nacional de Narrativa 1995)

No me quedó más remedio que acceder. Me puso una venda, que debía de ser de seda por lo suave que me pareció y me dejó solo. Me llegaba una música bien templada de laúd que alguien tocaba en la misma sala. De súbito, mi dama me saludó:

—Buenas noches, capitán Harts. Espero que esta cámara os resulte tan agradable como la de anoche. Acercaos, por favor.

Di dos o tres pasos hacia el lugar del que provenía la voz, con los brazos tendidos, no tanto porque quisiera abrazar ya a mi señora, sino para no tropezar. La verdad sea dicha me sentía ridículo y burlado. Ganas me vinieron de arrancarme la venda de un manotazo y dejándome de cortesías poseerla también con los ojos en aquel mismo instante. Su mano, conduciéndome del brazo, hizo que cambiara de intención.

—Sentaos, capitán —dijo, ayudándome suavemente—. Si queréis tocaré para vos. ¿Os gusta la música?

Le mentí. Acostumbrado a los infinitos rumores de la mar, no concibo otra música que no sea la de las olas. Además, la verdad, no estaba yo para muchas músicas. Y dilatar la tarea para la que había sido llamado, me parecía, en verdad, un fraude. Pero como debe hacerse en tales ocasiones, disimulé y le contesté de esta manera:

—Mucho, señora. La música eleva los espíritus y consuela de las aflicciones.

—Depende —replicó ella—, a veces aumenta las penas.

Y mientras hablaba suspiró melancólica.

—¿Os apetece comer algo, capitán? ¿O quizá preferáis beber?

—No, señora, el deseo me sacia, y sólo tengo gana de vos.

—Tened paciencia, Harts, todavía es pronto y me gusta tanto oírlos...

Tuve que llenar mucho rato con mis aventuras. Ella me escuchaba con atención. A veces, muy interesada, me preguntaba detalles sobre puertos lejanos de los que ya había oído hablar, pues parecía tener conocimientos de viajes y navegaciones.

—Señora —le dije por fin, cuando ya me había hartado de dar explicaciones—. No dilatéis más mi tormento. Dejad que calle la boca y que sólo hable el tumulto de mi sangre.

Y como en la noche pasada, emprendimos una incruenta batalla sobre el mismo estrado en el que nos habíamos sentado. Debía de faltar poco para que despuntara el alba cuando ella se durmió con la cabeza dulcemente apoyada sobre mi pecho, y fue entonces cuando decidí que había llegado el momento de quitarme la venda. Con sumo cuidado, sin moverme apenas, aflojé el nudo. La visión duró sólo unos instantes pero me bastó de por vida. Nunca la podré olvidar porque lo que contemplé me pareció cosa del

paraíso. La cara tocada por la luz de la luna, que ya iba a retirarse, mostraba unas facciones armoniosamente proporcionadas. La frente, alta y blanquísima igual que el resto de la tez, casi transparente, me recordó la espuma de las olas. La larga cabellera se parecía más al azafrán que a la melaza del aceite. Las cejas eran dos pequeños arcos a punto de lanzar las saetas de los ojos de los que, por tenerlos cerrados, no pude averiguar el color. Los labios, gordezuelos y rosados, aun sin despegarse invitaban al beso. Los miembros y las otras partes del cuerpo que el respeto hacia aquella angélica beldad me impide describirlos parecían bordados sobre un tapiz de los que a veces he contemplado en Flandes o en Venecia, dada su rara perfección. Dejo aparte los pies, que la maravilla de aquellos nevados miembros merece mención especial. Como sorbos de leche cuajada los gusté. Dulces y tibios, tórtolas dormidas sobre el tafetán de los almohadones, no resistí la tentación de besarlos, adorándolos casi como reliquias sagradas. No, la visión no me decepcionó, al contrario, aumentó mi deseo de que aquel cuerpo excelso fuera otra vez mío, aunque para conseguirlo tuviera que hurtarme al placer de la vista. Así que me ceñí la venda de nuevo y, acariciándola como casi no había dejado de hacerlo durante aquellas dos prodigiosas noches, conseguí despertarla y, otra vez, nos gozamos hasta que la alondra puntual e impertinente nos avisó de la llegada de la maldita aurora. No sin juramentos y llantos volvimos a despedirnos hasta la próxima noche, que sería la última, puesto que mi jabeque zarpaba rumbo a Livorno un día después.